

Argentina 78

APLANADOS, LUDICOS Y CATARTICOS

Por José THIAGO CINTRA

La recién clausurada onceava "Copa del Mundo" en los escenarios de Argentina, ha desbordado la capacidad de desglose y de anatomía de cualquier fenómeno congénere. Prensa, Radio, cine y televisión han movilizado un ejército de periodistas, locutores, comentaristas, fotógrafos y directores de cámaras. Se contó con la más amplia información de apoyo. El historial de los equipos, de las anteriores copas y la biografía del hecho y por hacer de cada una de las 200 estrellas intervinientes, de los 16 técnicos y de los 35 árbitros representando a 32 países, han sido narrados, repasados y repetidos durante 26 días de junio, mientras se desarrollaron los 38 partidos de la Copa FIFA. Se desbordaron las estadísticas. Hubo 102 goles, 73 goleadores, 14 tiros de penal, 51 amonestaciones, 2 expulsiones y una suspensión por uso de droga. Se transmitieron a 63 países, 3,450 horas de juegos y se repitieron casi otro tanto. En Argentina, las cinco sub-sedes albergaron a casi dos millones de aficionados que han arrojado aproximadamente 35 millones de dólares por concepto del boletaje. En los partidos finales, hasta la inexpugnable China ha resuelto sintonizar sus estaciones terrestres con las señales del INTEL-SAT, contribuyendo así a llenar esa nueva modalidad de "estadio planetario".

Partiendo del hecho pulcro y natural de nuestras inclinaciones lúdicas y tomando en cuenta el hilo atávico de nuestra identificación con el terruño natal, esa nueva y poderosa industria transnacional del fútbol supo crear una intrincada red de mecanismos capaces de enajenarnos de algunos valores e internalizaciones, para poder extraer y regular emociones y,

si fuera el caso, azucar hasta las fronteras del fanatismo esa bestia salvaje que se encuentra latente en el subsuelo de la especie humana.

Así dispuestos, los 1,500 millones de telespectadores ingresamos a la justa del "Argentina 78" como el jugador número 12: ideológica y políticamente aplanados, reducidos a nuestra simplicidad lúcida y portadores de un salvoconducto para la catarsis. Montoneros o no, eran 25 millones de argentinos gritando al unísono: Argentina Campeón! Politizados o no, habíamos ingerido una y más veces el imagen-mensaje de la figura de un adusto y cristiano General Videla. Politizados o no, habíamos tragado la figura del director técnico Coutinho y olvidado la realidad del teniente torturador. Politizados o no, nos adoctrinamos con la futbolología del rey Pelé y nos olvidamos de que es una hechura del subdesarrollo contra el subdesarrollo. Politizados o no, nuestra vista tragó las tiras publicitarias de transnacionales que atiborran de anuncios las cinco sub-sedes. Politizados o no, tuvimos oportunidad de disfrutar del desfile de imágenes de masas eufóricas sin la molestia del recuerdo de la realidad de una Argentina de 10 mil estudiantes y trabajadores muertos, de 30 mil desaparecidos y de 15 mil presos políticos. Se pudo en fin soslayar en un cable perdido, la noticia de que una comisión de derechos humanos se apresta a inspeccionar cárceles y campos de confinamiento en Argentina, mientras que, a ocho columnas nos percatábamos de la presencia de Kissinger, comensal de Videla, huésped de industriales, con tiempo para confabular enajenaciones con Borges y encontrando oportunidad

Pasa a la Página 9

Aplanados, Lúdicos y Catárticos

Viene de la Página 4

para la labor de "cabildo" o de relaciones públicas en favor del Cosmos de Nueva York.

Era el domingo 25, cerca de las tres de la tarde. Minutos antes de la entrega de la copa FIFA, al equipo argentino, un vocero oficial declamaba un mensaje de paz, recalando que ahora que el mundo sabe que Argentina vive en paz, que "Argentina se siente gratificada por vuestra visita, y satisfecha se sentirá, si cada uno regresa a su hogar con una sonrisa". Ya nos disponíamos a dar por terminado ese periodo de casi treinta días de actitud letárgico-catártica, cuando, al finalizar su recorrido olímpico y triunfal --tal vez por un descuido de los camarógrafos-- se pudo presenciar una escena cargada de sentido y de realidad. Daniel Passarella, capitán del equipo campeón, tenía bien apretada entre sus manos el trofeo de oro de la FIFA. Se le acerca un corpulento policía y empieza a quitarle el trofeo a Pasarella. Este no se quiere dejar. En aquel preciso momento hubo un acercamiento de cámaras. La mirada de Pasarella, entre la queja y el grito, pareció decir: "Si esta Copa, la ganamos nosotros, jugadores por lo general, de origen humilde y hermanos del pueblo; si la ganamos con nuestro sudor, nuestra sangre y nuestro valor, porqué diablos, el ejército y las fuerzas de la represión nos la quieren arrebatar en estos pocos minutos de gloria?".

Terminan las transmisiones. Mientras se enfrían nuestros receptores y se cortan las últimas emisiones de información-imagen desde el River Plate, seguimos con una duda: regresar con una sonrisa, recordar y repasar la escena de Passarella o buscar reflexionar sobre el papel de los medios de comunicación en la cultura política de los pueblos?